

Bajaba las escaleras del edificio con la sensación de que no era dueña de su cuerpo. Sus piernas descendían peldaño a peldaño mientras en su cabeza aún vibraban con una especie de incómodo zumbido las frases de la carta que acababa de leer.

A María le había llamado su hermano esa misma mañana. Un mes después de volver a verse en el funeral. Cuando terminó la celebración llena de tópicos e incomodidades programadas, habría apostado que no volvería a saber nada de él en un año, dos,... lo que fuese. Le sorprendió recibir esa llamada, temiendo encontrarse con otra repentina muerte familiar que le trastocase su vida.

Pero ahí estaba, su hermano pequeño, que tanto le reprochó toda la vida ser invisible. "María, papá me pasó una cosa que quería que vieses. Bueno, no sé. No estoy seguro de si quería o no, pero he pensado que es importante que la puedas ver. Pasa hoy por casa, por favor". Casi ni esperaba a que pudiese reaccionar, contestar ni nada. Sencillamente lanzaba su mensaje con su voz fría y aburrida y colgaba. Supongo que de alguna forma se vengaba así de la invisibilidad que sentía.

Bueno, el fantasma del viejo seguía aporreando la puerta de su cerebro. Ya asumía que nunca iba a descansar, así que fue a casa de su hermano a ver qué sorpresa le había dejado su padre.

Saludo cordial y una breve explicación. "*¿Sabes? Cuando eramos muy pequeños, papá fue durante un tiempo a terapia.*" La cara de María expresó perfectamente su incredulidad. "*Bueno, la cosa es que en esa época, él pasaba una mala racha y fue a un psicólogo. Suena increíble, lo sé. Mamá me habla de ese hombre como un chamán o un mago. Dice que fue la única persona en este mundo que hizo que papá reconociese algún error. Bueno, además de ti, claro.*" Hizo una pausa como esperando que María dijese algo, pero ella seguía con su evidente deseo de marcharse y una sonrisa forzada, más parecida a una mueca que otra cosa. "*Bueno, la cosa es que el psicólogo mago ese, le mandó a papá una tarea curiosa: debía escribir una carta al futuro. Esta carta estaba destinada a ti, su hija de nueve años. Pero la carta debía escribirla pensando en una María de 29 años. Casualidades de la vida, eh, mmm, ahora... Justo han pasado veinte años. La cosa es que la carta la tenía guardada mamá. Y bueno, pensamos que quizá era adecuado que la tengas*". María no sabía muy bien qué decir ni cómo reaccionar. Tantos años sin saber nada de su madre. Parece que no le había olvidado del todo. No le apetecía nada leer una carta del viejo. Del viejo hace veinte años. Cuando era su héroe, su padre, la persona más fuerte, lista y valiente del mundo.

"*Gracias. ¿Te importa que me sienta a leerla aquí?*". "*Bueno, mmm, vale. Pero llévatela si quieres.*" "*Tranquilo, tengo una memoria prodigiosa. No hará falta*".

Al salir del portal, veía borroso. Le temblaban ligeramente las piernas. Se encendió un cigarrillo nerviosa, cuando justo comenzó a llover violentamente, amargándole el placer de sus primeras caladas. Y corrió a refugiarse bajo el toldo de una tienda. Y encendió un nuevo cigarrillo.

"*María, no sé muy bien como comenzar este escrito. Verás, estoy en un momento de mi vida muy complicado. Mi terapeuta me ha propuesto escribir esto como reto. Me parece algo estúpido pero he pensado que quizá no esté mal del todo. En primer lugar, quisiera explicarte quién es tu padre. Bueno, ya sabrás. Espero que sea ese padre al que quieras cuando tenga, Dios mío, cuando tenga 55 años. Me cuesta mucho explicar quién soy. Siempre he sido cerrado, bien lo sabe tu madre. Ahora estoy sufriendo mucho. La vida me golpea sin descanso y no encuentro mucha salida. El hecho de llegar a casa tras buscar durante todo el día un trabajo miserable y ver tus ojos mirarme llenos de luz... eso me salva de mí mismo, mi vida.*"

La violencia de la lluvia cesó, y María tras apurar las dos últimas caladas de su cigarro, reemprendió el camino y encendió otro cigarro. Escuchando las palabras del viejo, que ya no aporreaban la puerta de su cabeza, si no que le suplicaban entrar pidiendo perdón.

"*Verás mi niña. Bueno, ahora serás una mujer. Qué difícil es esto. Imaginarte, pensar en un futuro tan lejano cuando cada día me cuesta recuperar la esperanza. Pero no quiero amargarte. Mi psicólogo me ha dado la consigna de que si bien no me corte en ser sincero contigo, intente ser positivo en mi mensaje. Joder, me cuesta, pero tú mereces todo. Verás, por circunstancias cada vez que la vida me da un nuevo palo, mi alma tiene sed. No sé cómo transmitirlo, pero necesito un trago. Lo que es algo tonto, termina por poseerme y por eso quizá, he llegado a esta situación. Tu madre me va a abandonar, no encuentro ningún trabajo, me han retirado el carnet,... Un sinfín de desgracias. Y sé que son culpa mía.*"

María le recordaba, llegando siempre enfadado, con el mundo, con su madre. Menos con ella. Ahí le cambiaba la cara. Recuerda ver sus lágrimas aquella tarde de invierno, después de estar discutiendo agresivamente toda la mañana. Y acercarse a ella con sus lágrimas, darle un abrazo y decirle "María..."; "No pasa nada papá. Yo siempre te voy a querer. Lo prometo".

*“También me ha dicho que te aconseje desde mi sabiduría (pobre iluso), cómo has de caminar por esta vida. Y bueno, no es fácil, pero sí puedo asegurarte una cosa. Habrá mil obstáculos, problemas de dinero, de enfermedades, perderás amigos y habrá otras mil dificultades. Seguramente tendrás discusiones con tus viejos, que se entrometerán en tu vida, pero te querrán profundamente. Y ahí está lo que quisiera transmitirte María. Nunca olvides que el secreto de todo es el amor. Ahí reside la fuerza para seguir. Yo te quiero tanto que por eso voy a cambiar. De alguna forma esta carta es como un rito, en el que me comprometo, en el que me juro a mí mismo que cambiaré desde ya. Todo irá mejor y cuando leas esto, ojalá que sea conmigo a tu lado, podrás comprobar que es verdad”.*

María estaba haciendo un esfuerzo por retener la lágrima que anhelaba salir, pero no pudo sostenerla. Parece que volvía a jarrear de repente y buscó refugio con la vista, pero no encontraba donde resguardarse.

*“Esta mañana, estaba muy mal. Y cuando salía de casa con la maleta y he ido a despedirme, no me querías decir adiós, mi pequeña. Temías que fuese para siempre. Pero nunca me iré del todo, lo prometo. Lo que ha pasado últimamente se termina hoy. Mi María de 29 años, guapa y lista como nadie, me emociono de imaginarte. Deseo que sepas que te quiero con toda mi alma. Y si por algo fallase, perdona a tu pobre viejo”.*

Al fin encontró un bar en el que refugiarse. Con el rímel corrido, el abrigo empapado y las manos temblando. Se acercó el camarero, y le preguntó qué deseaba tomar. *“Perdona a tu pobre viejo”*, resonaba en su cabeza. *“Ponme un cubata. De lo que sea.”*